

LA HISTORIA HUMANA COMO RIESGO Y AVENTURA

Una aproximación al problema del sentido de la historia humana desde el pensamiento de Emmanuel Mounier¹

*"(...)Si el universo circular de los griegos ocupó durante siglos la imaginación, hasta parecer comprometer incluso la fe una vez que fue sacudido, no cabe duda de que la imagen moderna del universo abierto sobre una aventura irreversible es precisamente la aportación propia del cristianismo"*²



Alfonso Camargo Muñoz*

Recibido: 5 de mayo de 2009

Aprobado: 26 de junio de 2009

Resumen:

Este artículo desarrolla la visión propiamente "histórica" de Mounier. Partiendo de la evolución que ha tenido la conciencia histórica en el mundo occidental, con una especial atención a la caracterización de la moderna conciencia histórica, en la cual se puede situar el pensamiento de nuestro autor, se desarrollan las tesis personalistas sobre la historia, que están a la base del pensamiento mounieriano: la afirmación de que la historia del mundo y del hombre tiene un sentido, que el complejo movimiento de la historia se dirige en todo caso hacia lo mejor, que el hombre es el principal protagonista del destino de la humanidad, y a la base todas, una afirmación que implica también un acto de fe: Dios es, finalmente, quien define la dirección de la historia.

Palabras clave: conciencia, historia, personalismo, sentido, destino.

Abstract:

This article develops Mounier's own 'historic' vision. Starting from the process of forming the historical conscience of the western world, with special attention given to the characterisation of the modern historical conscience, in which the ways of thinking of our author can be situated, we have the development of the personalist thesis about history which are at the base of mounierian thinking: the affirmation that the history of the world and of mankind has a meaning, that the complex movements of history are directed in all cases towards the better, that man is the principal protagonist in the destiny of mankind and at the basis of all these, an affirmation that also implies an act of faith: God is finally the one who defines the direction of history.

Key words: consciousness, history, personalism, meaning, destiny.

1. Este trabajo es producto de una investigación culminada en la Universidad Ramón LLull de Barcelona entre los años 2000 y 2005.

2. E. Mounier, *El pequeño miedo del siglo XX*, en *Œuvres Vol. III*, p. 375.

* Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás, Magister de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, Doctor en Filosofía de la Universidad Ramón LLull de Barcelona. Profesor de la Universidad Santo Tomás Seccional Tunja. Hace parte del grupo de investigación *Expedicionarios humanistas inscrito en Colciencias*. Contacto: acamargo@ustatunja.edu.co; alfonsoem@hotmail.com

En torno al año 2000, con motivo del primer curso de doctorado, la Facultad de Filosofía de Catalunya, ofreció un curso sobre Jean Paul Sartre, dedicado al tema de la intersubjetividad, y dirigido por los filósofos Josep M. Coll, e Ignasi Roviró, y en el que nos fuimos sintiendo inclinados a confrontar las siempre sugestivas posiciones de Jean Paul Sartre - quien en principio niega la posibilidad de la comunión interpersonal - con las tesis de algunos de los filósofos conocidos como personalistas, quienes, al contrario, sostendrían que la comunicación interpersonal sí es posible y que dicha relación es un hecho constitutivo de la persona.

El acercamiento a estas dos corrientes de pensamiento, el existencialismo ateo por un lado, y el pensamiento cristiano por otro, nos situó rápidamente en el contexto de una generación entera, aquella generación huérfana, como se suele llamar, (nosotros, pianistas de veinte años nos falta un piano, afirmaba Mounier), aludiendo a la suerte de aquella generación que había tenido que crecer bastante sola, sin líderes, sin referentes próximos, y que se había visto impelida a asumir demasiado pronto responsabilidades verdaderamente serias, en un intento por salvar el destino de los pueblos que intentaban aún emerger de las ruinas de la primera guerra mundial.

La corriente existencialista atea, liderada por Sartre, pretendía ser rigurosamente realista. Era a primera vista la lectura más fiel de una civilización que se había alejado considerablemente del código de valores que la había sostenido (especialmente del cristianismo y de la razón, según Mounier), y que la abocó rápidamente a sufrir la guerra, entre otros males, en su propio seno. Parecía una lectura realista, decíamos, pero que tendía a sumir a los pueblos en el pesimismo, cuando no en la desesperanza, aunque, como

sostendría Sartre, el existencialismo, también su existencialismo, pretendía ser un humanismo³.

El otro rostro de aquella generación estaba representada en Francia por un puñado de jóvenes pensadores, que no se conformaban con el diagnóstico que arrojaba el análisis fenomenológico de los anteriores, sino que se plantearon, impulsados ya por los datos del pensamiento humanista cristiano, no sólo la suerte de su generación y la de sus hijos, sino la de toda una civilización que veían languidecer, y al mismo tiempo, la suerte del conjunto de los hombres, de la humanidad en su totalidad.

Dos factores, pues, nos atrajeron de ellos. El primero, que acabamos de enunciar, su particular visión de los acontecimientos que vivían Francia y Europa. Y dos, la fuerza con que afrontaban, a nuestro juicio, los desafíos que se presentaban ante sus ojos.

No fue difícil descubrir muy pronto que este pequeño grupo de jóvenes inquietos iba siendo animado por el que luego se convertiría en su líder más influyente. La curiosidad por lo que le animaba tan efectivamente, por lo que le hacía tan lúcido a la hora de juzgar, y sobre todo, por lo que fue haciendo de él un hombre tremendamente combativo, nos animó a ir tras él.

Intentaremos aquí exponer lo que podemos denominar los dos grandes momentos que componen el itinerario de nuestra investigación. El primero se refiere al encuentro mismo con Mounier y nuestro primer acercamiento a su obra. En él intentaremos primeramente expresar, aunque a grandes rasgos, la personalidad del filósofo grenoblés, toda vez que, a nuestro juicio, ello es necesario para comprender su obra. Dicho momento tendrá su gran desarrollo en su proyecto personalista y comunitario, fundado en sus grandes tesis personalistas, y que urgía a operacionalizar, proponiendo lineamientos sociales, políticos y económicos, centrados todos en la persona y la comunidad. El

3. Cf. *El existencialismo es un humanismo*.

segundo gran momento lo constituyen las grandes tesis mounierianas sobre la historia. Tema al cual apunta en definitiva nuestra búsqueda. Un tema que, como escribe Michel Barlow, “a menudo pasa inadvertido”⁴, pero que, como se ha procurado mostrar, es decisivo para comprender la obra de Mounier en su conjunto, y al mismo tiempo, para descubrir la actualidad de sus tesis fundamentales.

Dos momentos que están íntimamente unidos por un mismo propósito: mostrar la unidad que en Mounier constituyen su vida y su obra, y de estas con el período histórico que le correspondió vivir, así como hacer ver el interés que tenía el autor personalista en la necesidad que hay de tener un pensamiento global, tanto en el espacio como en el tiempo, para saber comprender el acontecimiento, y poder actuar, como afirma nuestro autor, con responsabilidad histórica. Podremos constatar, en definitiva, que Emmanuel Mounier tiene a la base de su proyecto una particular conciencia histórica, pues, como afirma Paul Ricoeur, la concepción de nuestra época como cuestionamiento de la civilización nacida en el Renacimiento, es la primera provocación asumida por el personalismo; pues bien, continúa Ricoeur, esta conciencia de crisis estaba lejos de estar en el corazón del pensamiento responsable en Francia en 1932, sobre todo, no tenía ningún papel decisivo en la filosofía universitaria; y menos aún estaba en disposición de orientar de forma radical una vocación filosófica. Es por tanto- subrayamos estas palabras de Ricoeur- una duda metódica de carácter histórico y cultural la que pone en marcha todas las reflexiones de Emmanuel Mounier. Y reacciona ante ella no con una desesperanza, con una profecía de la decadencia o con una actitud descriptiva, sino con el proyecto de un nuevo Renacimiento. “Rehacer el Renacimiento” es el título del primer editorial de *Esprit* firmado por

4. BARLOW, Michel, *El socialismo de E. Mounier*, p. 100.

5. P. Ricoeur, *Personalismo: Emmanuel Mounier: una filosofía personalista*, p. 3.

6. Cf. P. Ricoeur, *op. cit.*, p. 120.

Mounier. Esta consigna que liga una tarea con una conciencia de crisis define las dimensiones extremas del personalismo de 1932: no se trata en primer lugar de analizar una noción, de descubrir una estructura, sino de pensar (pesar) en la historia con un cierto tipo de pensamiento combativo⁵.

Aproximación a la personalidad de Mounier

La mayoría de los estudios del pensamiento de Mounier están de acuerdo en que toda su obra comienza con una “toma de conciencia” y se desarrolla en el marco de una concepción cristiana del mundo, del hombre y de la historia. Factores estos que explican no sólo la unidad que, como afirma Paul Ricoeur⁶, se constata a lo largo de toda la obra de Mounier, sino fundamentalmente aquella unidad que constituye su vida personal. “Es casi inimaginable, escribe Albert Béguin, que un solo hombre haya bastado para tantas y tan diversas tareas, pero todavía es más admirable que entre ellas, y mediando su vida personal, Mounier haya logrado establecer una unidad que constituía su mejor fuerza”⁷. Reconocer dicha unidad es fundamental para comprender a Mounier. Lo es primeramente para evitar un acercamiento academicista a su obra, que sería del todo equivocado, pero también porque el tenerla en cuenta nos puede ayudar a situarnos en el ámbito mismo desde donde se movió Mounier, esto es, “el acontecimiento”⁸. Tanto que al acercarnos al pensador grenoblés y a su obra, la pregunta inicial que nos hicimos, no

7. *Esprit*, 1950.

8. Para Mounier, *L'événement es también avènement, advenimiento de una realidad absolutamente nueva más allá de las esperadas. Tanto para Mounier, como para Martin Buber, “lo que me sucede es una llamada dirigida a Mi”. Quien sabe acoger tal llamada está en condiciones de sustraerse al mundo impersonal de los grandes cuerpos sociales para acceder al cuerpo personal de las verdaderas comunidades. Siendo este un misterio, como lo es la persona, podemos, por tanto decir que los acontecimientos desencadenan una verdadera mistagogia o iniciación al misterio (Ibidem, p. 43).*

fue, ¿qué piensa?, sino, ¿por qué actúa así? Y para usar una expresión suya que aplica a Charles Péguy, -diríamos- es ahí donde hemos ido a reconocerle.

Bastaría enumerar algunos hechos puntuales que constatamos ya en los años de juventud de Emmanuel Mounier, y que como diría su maestro Jacques Chevalier, en circunstancias normales tendrían que haber esperado a que una personalidad se formara. El primero de estos hechos es su trabajo sobre Charles Péguy en el que expresa ya a través de formulas sugerentes su interés por descubrir las llamadas vías del espíritu, emprendiendo un viaje hacia aquello que se sentía llamado a realizar en su propio ser.

Lo que siguió a su “encuentro” con Péguy, apenas tiene parangón entre los jóvenes de su generación. Su percepción de la crisis que se desató en 1929 en torno al hundimiento de la bolsa de valores, comúnmente conocido como el “crack” de Wall Street, su voluntad de crear un movimiento capaz de canalizar sus inquietudes y las inquietudes de los jóvenes de su generación, su proyecto de liderar una especie de revolución que diera lugar a la construcción de una nueva civilización, su renuncia temprana a sus propios intereses personales, tanto académicos, como aquellos que hacían referencia a su vocación más bien contemplativa, o a su especial gusto por la música, y fundamentalmente, su especial y aguda sensibilidad por lo que él mismo denominó, el acontecimiento; hechos todos estos constatados cuando Mounier no había cumplido los 27 años, nos hizo pensar que en Mounier había, -como afirma J. Doménach- “una solidez oculta”⁹.

En una de sus cartas dirigida a su amigo Jean Guitton, hallamos una confesión íntima y espontánea que nos acerca a su personalidad, así como al que irá a constituirse en el

proyecto más importante de su vida: “tengo una idea muy nítida, escribía hacia 1928, sí, del sentido de mi vida. Entiéndelo como un impulso y una luz más que como una dirección trazada. (...) Quiero recibir y dar, eso es todo (...)”¹⁰. Este movimiento dialéctico lo experimentaba Mounier como una necesidad connatural. Su acción y su pensamiento procuró que fueran ante todo una “obra humana”, para lo cual necesitó siempre de un equipo de personas dispuestas -como él- a sacrificar incluso sus propios intereses, en pro de una causa que tuvo por superior y urgente: la comunidad de los hombres. Es muy reveladora en este sentido la confesión que le hace a Paulette Leclercq en 1933: “lo que yo esperaba de la vida era encontrar personas”¹¹, escribe. De hecho, no es fácil imaginar a Mounier sin un grupo de amigos y colaboradores cercanos. Lo encontramos trabajando en equipo desde el primer momento cuando decide realizar juntamente con Marcel Péguy y Georges Izaard un estudio sobre Charles Péguy. Y lo vemos conformando un equipo de trabajo desde el momento mismo en que surge el proyecto Esprit. Es quizá en esta necesidad connatural de dar y recibir donde hunde sus raíces su convicción de que la persona sólo se realiza como tal en su apertura al otro, y a través del otro, a todos los hombres.

El proyecto personalista y comunitario

El análisis mounieriano de la crisis se centra en dos grandes aspectos: uno, la dislocación de la noción clásica de hombre que desembocó particularmente en el individualismo (o la ruptura de la comunión y el materialismo), y dos, en el desorden establecido.

Según Jean-Marie Doménach, la crisis de occidente “es percibida con una agudeza

9. J. M. Doménach, *Mounier según Mounier*, p. 14.

10. E. Mounier, *Mounier et sa génération: correspondance, entretiens*, en *Œuvres Vol. IV*, p. 436.

11. *Ibidem*, p. 415.

particular en Francia, a causa no solamente de una (su) antigua tradición intelectual, sino también de la sensibilidad nacional a los temas de la decadencia (...)”¹². En este contexto, un sector de jóvenes intelectuales franceses buscan una vía intermedia, capaz de situarse entre el capitalismo burgués y el marxismo soviético, para Francia y Europa. Entre quienes no se resignan a dejar en manos del fascismo, del comunismo, o del capitalismo liberal, el futuro del continente, surgen movimientos, o sencillamente grupos de reflexión que usan de los medios que encuentran a su alcance para afirmar que la crisis que sufre el continente es una auténtica crisis de civilización. En torno a los años treinta surgen publicaciones (como, “Réaction”, los “Cahiers”, la “Revue Française”, “Jeune Droite”, “La Revue du Siècle”, “Plans”, “Ordre Nouveau”), que coinciden en su preocupación por analizar a fondo las causas de la crisis, y preconizan una revolución de fondo. Robert Aron y Arnaud Dandieu, fundadores de “Ordre Nouveau”, sostienen que la revolución debe ser espiritual para que sea auténtica, y logre las transformaciones que son necesarias. Ellos mismos, en marzo de 1931, proclaman la primacía de la persona y la urgencia de una revolución económica¹³. Otros se declaran anti-individualistas y contrarios a los centralismos estatales, al capitalismo liberal, al mundo de la cultura alejado de la realidad de los pueblos, a la corrupción de los partidos políticos, y “más profundamente, escribe Doménach, lo que se impugna son los principios de la civilización occidental moderna, su racionalismo, su individualismo, su materialismo, que empieza por la estandarización norteamericana”¹⁴.

Si bien, Mounier no es el único que piensa que aquella sociedad agonizante anuncia una

tragedia que alcanzará todos los ordenes y a todo el continente, sí reúne en él dos factores decisivos – a nuestro juicio- que le permitirán hacer una lectura especialmente profunda de la crisis, así como proponer un proyecto de civilización, basado en los valores de la persona humana y su destino. El primero de estos aspectos hace referencia a sus propias opciones. Mounier ha renunciado a sus proyectos personales para ponerse al servicio de una causa. J. M. Doménach ha escrito: “La disponibilidad en que vive entonces Mounier, su decisión de no hacer carrera, le ponen en el diapason de la historia”¹⁵. El segundo aspecto se refiere a una concepción particular de la historia, fundada esencialmente en las denominadas unidades teológicas, así como por su conciencia de la responsabilidad de los hombres en el destino de la humanidad. En el Manifiesto al servicio del personalismo (1936), en oposición a quienes proponían simples reformas, escribe:

Históricamente, la crisis que nos solicita no tiene las proporciones de una simple crisis política ni las de una crisis económica profunda. Asistimos al derrumbamiento de una zona de civilización nacida a fines de la Edad Media, consolidada al mismo tiempo que minada por la era industrial, capitalista en su estructura, liberal en su ideología, burguesa en su ética. Participamos en el alumbramiento de una civilización nueva, cuyos datos y creencias aún están confusos y mezclados con las formas desfallecientes o con los productos convulsionados de la civilización que se borra. Cualquier acción que no se eleve a las proporciones de este problema histórico, cualquier doctrina que no se ajuste a estos datos no son más que una tarea servil y vana¹⁶.

12. J. M. Doménach, *op. cit.*, p. 44.

13. Cf. *Ibidem*, p. 45.

14. *Ibidem*, p. 46.

15. J. M. Doménach, *op. cit.*, p. 44. *El subrayado es nuestro*.

16. E. Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, en *Œuvres*, vol. I, pp. 486-487.

Esta visión particular de las crisis le permitió a Mounier apuntar a las verdaderas causas de los desordenes vigentes, así como conservar un cierto optimismo histórico que marcará toda su carrera de activista y pensador. De aquí su convicción de que ante la crisis lo peor que le podría suceder a los hombres y a la sociedad era, no ser conscientes de ella. Creyó siempre que el mal mayor no son las crisis en sí, sino las causas que las originan, y que en tales circunstancias un mal aún mayor consiste en no entrar en



crisis¹⁷. “Pero ¡como no sentirnos en estado de crisis continua –afirma– en un mundo que cruje en cada minuto por su esfuerzo hacia lo mejor!”¹⁸.

17. Es bien conocido el planteamiento de Kierkegaard sobre la desesperación (aquel particular estado producido en el espíritu humano por la inherente búsqueda del propio yo y del trascendente) del hombre y su tesis de que “la ausencia de desesperación no equivale a la ausencia de un mal; pues no estar enfermo nunca indica que se lo está, mientras que no estar desesperado puede incluso ser el síntoma mismo de que se lo está.” (Cf. S. Kierkegaard, *Tratado de la desesperación*, ed. Edicomunicaciones, Barcelona, 1994, p. 36). Admitásenos aquí la analogía entre crisis y desesperación.

18. E. Mounier, *Révolution personaliste et communautaire*, en *Œuvres*, vol. I, p. 138.

19. *Ibidem*, p. 138.

20. Ellos son: André Déléage, Georges Izard, Louis-Émile Galey, (Cf. Carlos Díaz, *Emmanuel Mounier: Un testimonio luminoso*, pp. 73-77). Entre sus amigos están también: Jérôme Martinaggi, Jean Lacroix, su maestro Chevalier, Étienne Borney y Jacques Maritain.

En este sentido las crisis son ante todo una oportunidad que ofrece la historia. “No se puede contar mucho tiempo con las épocas satisfechas, afirma, sólo las crisis conducen la mayoría de las veces a la meditación”¹⁹.

El 17 de agosto de 1932 Emmanuel Mounier presenta las directrices del movimiento Esprit. El texto, redactado más bien en forma de manifiesto, recibe la aprobación de su grupo de amigos²⁰. Dichas directrices serán luego la base fundamental del primer artículo de Esprit, titulado, Rehacer el Renacimiento, y que en 1935 sería publicado como primer capítulo de Revolución personalista y comunitaria. En él, Mounier busca primeramente hacer ver los errores cometidos por el Renacimiento. Con la exaltación del individuo el Renacimiento desencadenó un tal individualismo que contaminó todos los ámbitos de la vida social. Y así mismo, con el desconocimiento del destino comunitario del hombre, no sólo se le privó de una dimensión fundamental, sino que además fue originando una serie de estructuras políticas y económicas de índole opresivo. El capitalismo hunde sus raíces en esta concepción individualista del ser humano²¹.

Como reacción al “humanismo abstracto” del Renacimiento, se formó el socialismo soviético, dominado por la mística de lo colectivo, y no menos inhumano que el capitalismo. Los dos ofrecen apenas una caricatura de la persona. Los dos han engendrado sociedades opresoras, alejadas de una verdadera comunión. Y, “lo trágico del combate, afirma Mounier, es que el hombre está en dos campos, que si uno aplasta al otro, pierde una mitad inalienable de sí mismo”²². De esta realidad no todos son concientes. La mayoría de los hombres de su generación creen que de lo que se trata es de elegir entre el capitalismo y el socialismo de corte soviético.

21. Cf. L. Guissard, *op. cit.*, p. 64.

22. E. Mounier, *Révolution personaliste et communautaire*, en *Œuvres*, vol. I, p. 158.

Pero Mounier no se pierde en este dilema. Busca una alternativa. Para él, se hace necesario un Nuevo Renacimiento. Una nueva revolución que sin embargo, y para que sea auténtica, ha de evitar engendrar una nueva tiranía. Tal revolución ha de ser obra del espíritu. Mounier cree que el espíritu guarda el secreto. Se trata, pues, de descubrir su vías.

Etienne Borne nos puede dar una clave para entender en este sentido los caminos que propone Mounier, y para situarlo justamente allí donde mejor se le comprende: en su preocupación por ser leal consigo mismo y con la historia. Mounier “no era de la raza de los convulsionados y de los frenéticos, en él todo delataba el equilibrio, y un equilibrio de naturaleza y de espíritu”²³. Mientras muchos se lanzan a la desesperada a la revolución violenta²⁴, y casi todos, intelectuales y militantes políticos comprometidos, apuestan por una “revolución de fuerzas”, Mounier cree que el primer paso de la revolución consiste en ponerse de lado de los que sufren. Opta por las vías humildes y por la obra del espíritu antes que por las vías de la fuerza. “No es la fuerza la que hace la revolución, escribe, es la luz. El espíritu es el soberano de la vida. A él le corresponde la decisión, decidir y dar la orden de partida”²⁵.

La revolución de Mounier apunta primeramente al hombre nuevo. “No se trata de desplazar un mundo por otro, había escrito en El pensamiento de Charles Péguy, sino de ahondar nuevamente”²⁶. Ser revolucionario significa ante todo asumir los valores del espíritu. No se puede ser revolucionario en

contra de dichos valores. La verdad, el amor y la libertad, la humildad o el sufrimiento, son virtudes llamadas a regenerar el corazón del hombre, y con él, al mundo que el individualismo ha contaminado. “En este mundo inerte, indiferente, inquebrantable, escribe Mounier, la santidad es frecuentemente la única política válida y la inteligencia, para acompañarla, debe preservar la pureza de la luz”²⁷. He aquí la preocupación de Mounier. Su ser revolucionario consiste primero en un rebelarse contra la mentira del mundo, y de los hombres, y después, en hacer la opción primordial: entregarse todo entero al absoluto, en el servicio a los hombres.

No se puede ser revolucionario en contra del espíritu. Sólo el espíritu puede señalar los auténticos valores. “Una transfiguración en el conjunto de todos nuestros valores, afirma Mounier, debe preceder a su reintegración universal en el espíritu. Esto significa ser revolucionario”²⁸. Incluso en contra de aquellos que distinguen entre lo prioritario y lo importante. Saciar el hambre de los hombres es prioritario, afirma, pero esto no significa claudicar ante los valores eternos. Se han de atender con urgencia los problemas temporales, pero sin ignorar que “sólo el espíritu puede de nuevo poner en marcha la máquina”²⁹. Significa que en un mundo averiado, se ha de buscar que la acción brote de la solidez del ser.

Mounier se rebela contra las dicotomías entre el pensamiento y la acción. Pide explícitamente a los filósofos que no caigan en la tentación de la complacencia de sus meditaciones, sino que bajen al mundo de los hombres y compartan con ellos su suerte. Es participando del drama universal que el hombre, también el pensador, prueba su propia fidelidad.

Para acabar tanto con las traiciones de la acción

23. L. Guissard, *op. cit.*, p. 200.

24. L. Guissard cita aquí como ejemplo a “los héroes de André Malraux”, *op. cit.*, p. 66.

25. E. Mounier, *Révolution personaliste et communautaire*, en *Œuvres*, vol. I, p. 149.

26. E. Mounier, *La pensée de Charles Péguy*, en *Œuvres*, vol. I, p. 114.

27. E. Mounier, *Révolution personaliste et communautaire*, en *Œuvres*, p. vol. I, p. 150.

28. E. Mounier, *Révolution personaliste et communautaire*, en *Œuvres*, vol. I, p. 148.

29. *Ibidem*, p. 151.

como con las traiciones del pensamiento, Mounier traza dos principios rectores para su propio movimiento: el primero establece la necesidad de actuar por lo que se es antes que por lo que se dice o se hace. Así, el que actúa debe revisar constantemente su pensamiento y detectar en él las debilidades. Si bien, es cierto que no se piensa con el corazón, no se puede prescindir de una determinada atmósfera que sólo puede crear la virtud. “Es la calidad de nuestro silencio interior, escribe, el que hará resplandecer nuestra actividad exterior, la acción debe nacer de la sobreabundancia del silencio”³⁰. El segundo principio establece que la acción no debe estar orientada al éxito sino al testimonio. Se busca ante todo la realización de las ideas. Se es testimonio cuando se realiza en el propio ser la luz que aportan las ideas. El testimonio es para Mounier, un servicio a la verdad, y a los hombres. El testigo es ante todo un servidor del espíritu. Y, “el servidor del espíritu es un hombre que tiene siempre una tarea en la mano, un hombre rico al que nunca agotará ningún fracaso”³¹.

El régimen personalista afirma ante todo “el valor absoluto de la persona humana”³². Esta es su centro y su raíz. En torno a la persona giran todas las demás realidades. Mientras que el capitalismo liberal gira en torno al dinero, el fascismo en torno a los falsos valores del Estado o el comunismo en torno a las masas proletarias, el personalismo reivindica la persona humana y sus valores fundamentales.

Según Mounier, el nuevo régimen de inspiración personalista se ha de sustentar en cinco estructuras fundamentales: la vida privada y familiar, la educación, la economía,

la cultura y la política³³. Para dichas estructuras, y esto es lo más importante, la persona no puede ser un elemento más en la armadura social, sino que ella constituye el corazón mismo de toda la vida social. Por esta razón, las diversas estructuras sociales han de tener en cuenta la persona en su integridad, tanto su dimensión espiritual, como su dimensión material y social.

Las tesis personalistas de la historia

“El acontecimiento será nuestro maestro interior”, es la gran consigna de Emmanuel Mounier. Hoy diríamos, “su hoja de ruta”. Más aún, nosotros creemos que, como sostienen Giuseppe Goisis y Lorenzo Biaggi, el acontecimiento es en definitiva la fuente inspiradora de toda la obra de Mounier. El se constituye, sostienen los autores italianos, “en un incontenible desvelamiento del misterio de la existencia”³⁴. El acontecimiento se convierte en fuente inspiradora, justo porque en él descubre Mounier un punto de encuentro entre sus preocupaciones metafísicas y su necesidad de dar respuesta a las situaciones temporales, cotidianas concretas. Es el punto donde se encuentran el universo, y su universo personal, la historia universal, y su propia historia.

También la concepción positivista de la historia, contra la que se rebelan ya Bergson y Péguy, está centrada en el acontecimiento, pero concebido de manera diversa. Ellos toman el acontecimiento más como el hecho externo, una guerra, un pacto de paz, un pacto matrimonial. Para Mounier, en cambio, el acontecimiento siempre trasciende los hechos, y su verdadero significado no alcanza a ser registrado en los documentos. Es por esta razón que muchas veces los acontecimientos del presente sólo se comprenden en el contexto de la historia global. El acontecimiento designa también lo imprevisible.

30. *Ibidem*, p. 152.

31. *Ibidem*, p. 153.

32. A. Mounier, *Manifeste au service du personalisme*, en *Œuvres vol. I*, p. 524

33. Este tema está desarrollado en *Quaestiones Disputatae*, N°2, pp. 51-74.

34. G. Goisis – L. Biagi, *Mounier: fra impegno e profezia*, ed. Gregoriana: Libreria Editrice, Padova, 1990, p. 237ss.

Para Mounier hay un Acontecimiento (con mayúscula) por excelencia, tanto así que se constituye en el centro de la historia. El Acontecimiento Cristo. Mounier suele hablar de “el Acontecimiento de la Encarnación”. A partir de él Mounier desarrollara sus tesis sobre la historia, las cuales se fundan en última instancia, como él mismo afirma, en un verdadero acto de fe. El hablará de un sobrenaturalismo histórico. A partir de un dato de índole teológico, se desarrolla una determinada concepción histórica.

1. La conciencia histórica.

Mounier cree que “la idea de una historia dirigida del comienzo al fin, o de un movimiento indefinido pero orientado en sentido continuo, es extraña a la antigüedad y a las civilizaciones no cristianas”³⁵. La concepción cíclica del tiempo no sólo no les permitió tener una idea de historia sino que, al mismo tiempo, les impidió concebir la misma idea de progreso. Ni progreso histórico ni progreso espiritual. La ley de la repetición no permite concebir progreso alguno, como tampoco historia. El pesimismo griego se explicaría por esta especie de ley de decadencia fatal, que habla por sí sola de la ausencia de toda esperanza histórica.

Mounier piensa que aunque la conciencia de una historia, de una linealidad histórica, se le debe al pueblo judío y a su idea de la era mesiánica. Será con el Acontecimiento Cristo que quedan soldadas “indisolublemente las tres unidades teológicas: unidad de Dios, unidad de la historia, unidad del género humano. En estas tres unidades solidarias, tenemos la armadura de la idea del progreso colectivo de la humanidad”³⁶.

Como se viene mostrando, Mounier asume de esta manera las tesis fundamentales del

35. E. Mounier, *La petite peur du XX siècle*, en *Œuvres*, vol. III, p. 396.

36. *Ibidem*, p. 399.

pensamiento cristiano para desarrollar su discurso sobre la historia. Más que una filosofía de la historia, podríamos decir, Mounier hace una teología de la historia. Debemos afirmarlo dado que en Mounier se da una íntima unidad entre las verdades cristianas reveladas y su discurso filosófico. Aunque su actividad como pensador la realizó sobre todo en el campo de la filosofía, son innumerables también sus trabajos en el campo de la teología, y particularmente los trabajos que se refieren a la historia, tanto que, entre uno y otro existe una tal unidad como la podría haber, ya lo hemos dicho, entre el cristiano que es Mounier, y el pensador.

a. Conciencia cristiana de la historia

La particular sensibilidad de Mounier por los valores de la persona, favorecieron al mismo tiempo su comprensión de los temas de raíz cristiana. Los autores que estudian su obra, y de manera especial quienes lo conocieron personalmente, suelen insistir en la presencia de una fuerza extraordinaria que asistía a Mounier y que, según Paul Ricoeur, digámoslo otra vez, procedía de la íntima unidad que fraguó en sí mismo, a partir de su coherencia entre lo que él era y lo que hacía, entre su pensamiento y su acción, y en su convicción de que el mundo occidental debía ser renovado de raíz, es decir, allí donde estaba herido, en el corazón del hombre. Como se ha dicho más arriba, Mounier huyó siempre del academicismo y en cambio estuvo atento siempre a realizar en sí aquello que hay de más hondo y original en cada hombre. El mundo no se renovará, se puede adivinar en su pensamiento, mientras cada hombre no se deje renovar, y se entregue totalmente a realizar su propia vocación comprometiéndose al mismo tiempo con el destino de toda la humanidad.

Dos factores fueron conduciendo a Mounier a aquello que podríamos denominar, su original comprensión del Acontecimiento de la Encarnación. Uno, el encontrarse cara a cara con autores como Péguy, que se había

esforzado por tener una verdadera comprensión de la realidad humana, sobre todo desde su condición espiritual, y dos, su experiencia de la comprensión, y sobre todo, la vivencia del mensaje del Evangelio. Según él, con la Encarnación aflora todo el sentido de la historia, de la humanidad entera, y de cada hombre. La Encarnación no es un relato exterior a la historia, misterio que trasciende la historia, se desarrolla, sin embargo, en plena historia. La Encarnación no es una fecha, un punto, sino un centro de la historia del mundo, sin límite en el espacio y en el tiempo.

La Encarnación se convierte para el autor personalista en un hecho primordial del que extraerá consecuencias radicales.

b. La conciencia histórica contemporánea

Si la conciencia cristiana está marcada por una esperanza que trasciende la historia, la conciencia contemporánea parece caracterizarse más por la ausencia de una esperanza de carácter trascendente. Parece que “el hombre contemporáneo se siente solo, escribe Mounier, arrojado aquí para nada, en un mundo absurdo, sin sentido ni razón”³⁷. Para esta conciencia el mundo no posee un sentido definido, tampoco la historia. En un mundo y en una historia sin dirección el desenlace necesariamente es el absurdo. A falta de sentido se cae en la angustia. La conciencia contemporánea, al derrumbarse las dos “religiones” de occidente, como eran, lo hemos dicho, el cristianismo y el racionalismo, queda como sostenida en el vacío, a capricho del azar.

La conciencia contemporánea, y concretamente la conciencia del hombre

37. E. Mounier, *La petite peur du XX siècle*, en *Œuvres*, vol. III, p. 350. Como afirma Richar Tarnas, las obras de Heidegger, Sartre y Camus, entre otros, reflejan la crisis espiritual del siglo XX. (R. Tarnas, *op. cit.*, p. 386).

38. E. Mounier, *La petite peur du XX siècle*, en *Œuvres*, vol. III, p. 341.

occidental, con la experiencia reciente del mal de la guerra, es una conciencia que experimenta el temor de un fin. “Por primera vez, escribe Mounier hacia 1948, desde hace muchísimo tiempo los hombres se han obsesionado por la idea de que el fin del mundo es posible, que su amenaza nos acompaña, que nuestra vida de hombres podría conocer esa realidad”³⁸. Para Mounier este es un sentimiento de derrota propio de la civilización occidental y de su decadencia. El hombre occidental ha mutilado su propia imagen. Sobre este hombre mutilado se han ido expandiendo ideologías, filosofías y regímenes que coinciden todas en negar al mismo hombre.

Roído interiormente por el mal, el mundo occidental se disuelve bajo la mirada pesimista y derrotada de individuos sin esperanza.

Ahora bien, mientras que para la conciencia absurda moderna el fin del mundo es una amenaza siempre posible, para el cristiano lo que es posible, más aún, lo que es urgente, es el fin de este mundo marcado por la miseria. Y para que este mundo absurdo pase, el cristiano, marcado por la gracia y por la esperanza, se empeña en transformarlo³⁹. Es como si la esperanza en el mundo futuro, en el más allá, nos comprometiera inmediatamente a organizar el aquí y el ahora. El cristiano es, parafraseando a Charles Péguy, un hombre creado para otra luz⁴⁰.

2. Las tres unidades teológicas

Hemos afirmado que en el Acontecimiento Cristo quedan soldadas las tres unidades

39. “El misterio no vale por su oscuridad, escribe Mounier, como se cree corrientemente por y contra él, sino porque él es el signo difuso de una realidad más rica que las claridades inmediatas. Su dignidad está completamente en su positividad difusa, en la presencia que anuncia” (E. Mounier; *Révolution personaliste et communautaire*, en *Œuvres*, vol. I, p. 171).

40. *Eve VII (III, 944)*. Citado por Mounier en *La pensée de Charles Péguy*, en *Œuvres*, vol. I, p. 158.

fundamentales. La unidad de Dios, la unidad de la humanidad, la unidad de la historia.

La unidad de Dios es afirmada por la tradición judía y por el cristianismo, pero al mismo tiempo negada o “amenazada” por innumerables corrientes a lo largo de la historia. Para el judaísmo y el cristianismo, la unidad de Dios funda la unidad de la humanidad y la unidad de la historia. “Por Cristo, decíamos, escribe Mounier, suelda la unidad de la humanidad a la unidad de Dios. Esta unidad de Dios es la condición primera de una historia universal o progresiva”⁴¹. Según el pensador francés, esta idea de una humanidad es fundamental a lo largo de la historia del cristianismo.

Una de las ideas fundamentales del personalismo de Mounier, es precisamente la de la unidad de la humanidad. Mounier concibe la unidad de la humanidad esencialmente como “rehabilitación – citamos a Goisis y Biaggi- de la comunidad histórica, de la comunidad interpersonal, de la interdependencia de los destinos como verdadera esencia de la historia, contra los determinismos y los providencialismos, contra los individualismos y las degeneraciones anacrónicas de la persona, pero también contra los colectivismos y los fascismos”.

“La concepción mounieriana de la historia como comunión de destinos, reenvía a un ligamen profundo, fundante ontológicamente, entre los seres en la historia”... pues la historia no es la suma de unas cuantas historias aisladas. Las personas no se conciben como seres aislados, sino como seres en relación, más aun, que reclaman una comunión.

Una idea que ya fue presentada por algunas escuelas de la antigüedad pero que necesitó, sin embargo, del cristianismo para ser afirmada con toda rotundidad: “Para el

cristianismo no hay ni ciudadanos ni bárbaros, ni amos ni esclavos, ni judíos ni gentiles, ni blancos ni negros ni amarillos, sino hombres, creados todos a imagen de Dios y llamados todos a la salvación por Cristo”⁴².

Para Mounier, Cristo constituye el centro de la historia. El acontecimiento de la Encarnación recapitula toda la historia anterior e “inaugura y dirige la historia posterior”⁴³. El tiempo ya no se resuelve en ciclos repetitivos sino que con Cristo se introduce la noción de, “una vez por todas”, y la historia adquiere una dirección definitiva. La noción de, nada es nuevo todo se repite del hombre antiguo, se convierte en todo es nuevo nada se repite.

Pero, “con la historia humana y detrás de ella, afirma el pensador personalista, hay otra historia, más vasta, la del universo”⁴⁴. Cristo recapitula no sólo la historia humana, sino la historia del universo entero. Una completa solidaridad se realiza entre la suerte del hombre y la suerte del universo. El proyecto del hombre nuevo comporta al mismo tiempo la “creación” de un cielo nuevo y una tierra nueva.

Dado que el cristianismo defiende un justo equilibrio entre lo trascendente y lo immanente, Mounier opina que esta es la doctrina más coherente con la idea de un mundo conducido por un Dios que lo orienta todo a la perfección. El Acontecimiento de la Encarnación define el sentido de la historia y lo orienta a un final escatológico. El nos revela el sentido último de la creación y al tocar de cerca la vida del



41. *Ibidem*, p. 399.

42. E. Mounier, *Le personalisme*, en *Œuvres*, vol. III, p. 460.

43. E. Mounier, *La petite peur du XX siècle*, en *Œuvres*, vol. III, p. 401.

44. *Ibidem*, p. 402.

hombre, lo interpela y lo convoca a hacer parte del proyecto de Dios sobre la historia.

3. *El hombre, sujeto de la historia*

Entre Dios y el hombre, se constituye una dialéctica siempre creadora. Dios comunica al hombre su vida no para contrarrestar la responsabilidad humana, sino para darle plenitud a su acción. Como escribe Josep. M. Esquirol, Mounier “intenta encontrar una concepción intermedia de la historia, equidistante entre el puro subjetivismo (la historia producto del espíritu) y el puro objetivismo (la historia proceso determinista donde las personas estarían totalmente alienadas). El ser humano no es ni el protagonista absoluto de la historia, ni esta es una fatalidad insuperable”⁴⁵. Dado que esta relación no siempre se ha manifestado claramente para el hombre, es necesario poner de manifiesto su dificultad y por lo mismo, el empeño que demanda. La constante tensión suscitada entre Dios y el hombre ha tendido siempre a inclinarse hacia uno u otro extremo. La historia, sin embargo, parece dar testimonio de que la humanidad ha venido madurando en el paso de una confesada heteronomía a una mayor autonomía, si bien, muchas veces rebelde, que lo impulsa con fuerza a asumir su propio destino.

Según Mounier, el auténtico pensamiento cristiano no ha cesado de reivindicar este derecho del hombre de forjarse sus propias rutas, sabedor de que la reivindicación de su propia libertad es al mismo tiempo la reivindicación de uno de los atributos de la divinidad⁴⁶, pues el hombre se hace partícipe de lo divino, “participando en la vida íntima de Dios, con la sola condición de reconocer al

Dios que se complace en comunicar su sobreabundancia y en multiplicar lo divino en torno a él”⁴⁷.

Mounier cree, no obstante, que prescindir de los aspectos trágicos de la historia, de hecho es prescindir también del cristianismo, pues, este no es una religión para satisfechos sino para constructores de tareas y esperanzas, en medio de las vicisitudes del mundo. Afirmar que en el seno del cristianismo habita la última razón del verdadero optimismo, no significa simplemente afirmar lo opuesto del pesimismo, pues, “lo contrario del pesimismo no es el optimismo. Es una mezcla indescriptible de simplicidad, de piedad, de obstinación y de gracia”⁴⁸.

Con todo y los progresos, opina Mounier, la humanidad tan sólo va llegando a la adolescencia. Después de largos periodos en que el hombre vivía en una tranquilidad apenas impaciente, con la modernidad siente el impulso a hacerse cargo de su propia vida y de su historia. Si bien, no acaba de superar la angustia que se apodera de él cuando en sus dominios no puede abarcar el futuro, “el hombre se siente hoy llamado a ser demiurgo del mundo y de su propia responsabilidad (...)”⁴⁹.

Conclusiones

I

Como se ha venido mostrando en este trabajo, el tema de la historia en el pensamiento de Mounier posee una gran importancia, y sin embargo, como escribe Michel Barlow, “a menudo pasa inadvertido”⁵⁰. Sin pretender extendernos en un análisis sobre las posibles causas de este “olvido”, creemos que se debe especialmente a dos factores. El primero se refiere al hecho de que en Mounier su concepción de la histórica está íntimamente

45. J. M. Esquirol, *Què és el personalisme?: Introducció a la lectura d'Emmanuel Mounier*, ed. Pòrtic, Barcelona, 2001, p. 21.

46. Cf. E. Mounier, *La petite peur du XX siècle XX*, en *Œuvres*, vol. III, p. 419

47. *Ibidem*.

48. *Ibidem*, p. 424.

49. *Ibidem*, p. 380.

ligada a sus convicciones religiosas. Y dado que su obra ha sido estudiada sobre todo en los ámbitos filosóficos, o a partir de estos, los temas más afines al ámbito teológico se han dejado de tratar o se han tratado de manera muy esporádica. Tanto que, se puede afirmar con seguridad, el pensamiento teológico de Mounier está prácticamente sin explorar. Aquí sólo hemos intentado mostrar que el pensador grenoblés fue encontrando una tal unidad entre su pensamiento filosófico y sus convicciones religiosas, que sería erróneo intentar separar en Mounier el hombre que piensa y el hombre que cree. Así llega a la convicción de que para el cristiano la historia adquiere una completa significación sólo dentro de un sobrenaturalismo histórico⁵¹, esto es, haciendo, junto con su análisis filosófico, un auténtico acto de fe.

El segundo factor se refiere al hecho de que la obra de Mounier está íntimamente ligada con los problemas prácticos de la vida de los hombres y de los pueblos. Su preocupación por dar respuestas efectivas y oportunas a las problemáticas reales, puede hacer pensar que otros temas de carácter más general o teórico no son tan importantes o prioritarios en su obra, y que por esta razón se deben situar en un segundo plano. Esta es una apreciación del todo equivocada. Como se insiste a lo largo de estas páginas, la capacidad de Mounier para dar respuesta a los innumerables y complejos problemas de su época se debió justamente a su interés por fundamentar, filosófica y/o teológicamente, todas las realidades humanas. Si bien, está lejos de su mente el hacer del personalismo un sistema, sí procuró en todo caso elaborar un pensamiento coherente acerca del hombre y de la sociedad, y a ello dedicó ciertamente la mayor parte de su obra. Pero también quiso explicar el sentido de la historia humana, que es en definitiva el sentido del

hombre y de la humanidad. En esta preocupación no sólo se rebela contra el pensamiento de los existencialistas ateos que desembocaban en la negación de una significación de las luchas del hombre, sino que también se rebela contra la visión marxista de la historia porque, aunque despierta cierta esperanza histórica, termina negando la plenitud de su sentido. La preocupación de Mounier por descubrir el verdadero sentido de la vida de la humanidad hace que su obra se sitúe justamente en el centro de las graves preocupaciones de los hombres, y no sólo de los de su generación, sino también de los hombres de hoy, amenazados como los de entonces por una especie de decadencia de la que los más no son concientes precisamente porque, como afirma Mounier, las civilizaciones suelen entrar en ciertos tipos de decadencia “de modo similar a como nosotros nos adentramos en el sueño, sin darnos cuenta”⁵².

II

A partir del Acontecimiento de la Encarnación, Mounier elabora “su propia visión” del hombre, del mundo, y de la historia, y partir de él funda aquella unidad que constituyó su vida y su pensamiento, y que a su vez unió tan íntimamente a su propia realidad histórica. Creemos que de aquí extrae la claridad y la energía que le caracterizaron. De aquí parece surgir la lucidez que se descubre en toda su obra y que le permitió afrontar tantas y tan diversas circunstancias históricas concretas, ya fueran de índole privado, como fueron sus propias problemáticas personales y familiares; ya sea de índole laboral, con su equipo de trabajo, con sus innumerables colaboradores y corresponsales; o de índole nacional e internacional, tanto a nivel de análisis, como a nivel de compromiso activo.

Una de las tesis fundamentales que hemos venido desarrollando es precisamente la que

50. BARLOW, Michel, *op. cit.*, p. 100.

51. Cf. E. Mounier, *Feu la chrétienté*, en *Œuvres*, vol. III, p. 704.

52. E. Mounier, *La petite peur du XXe siècle*, en *Œuvres*, vol. III, p. 342.

hacer referencia a la unidad que según Mounier el hombre debe recuperar. Tanto la unidad entre pensamiento y acción, como la unidad entre vida privada y vida social, hacen parte del proyecto humano original. En este esfuerzo constante por recuperar su unidad integral, el hombre puede superar una escisión que suele hacer infructífero o poco duradero su quehacer. Al mismo tiempo esta necesidad de unidad ha de impulsar al hombre a atender dos frentes de manera simultánea, esto es, la

transformación de las estructuras políticas, sociales y económicas, y la transformación de sí mismo, mediante líneas precisas de conducta⁵³. Sólo mediante la adhesión a una jerarquía de valores, con primacía de lo espiritual, el hombre puede avanzar hacia su propia personalización y con él, hacia la personalización de la sociedad.



Referencias

Obras de Mounier

Gran parte de las obras de Mounier han sido editadas en cuatro volúmenes: Œuvres, Éditions du Seuil, París, 1961-1963.

Œuvres I: (1931-1939):

La pensée de Charles Péguy (1931).

Révolution personaliste et communautaire (1935).

De la propriété capitalista a la propriété humaine (1936).

Manifeste au service du personalisme ((1936).

Anarchie et personalisme (1937).

Personalisme et christianisme (1939).

Les chrétiens devant le problème de la paix (1939).

53. Cf. E. Mounier, *Le personalisme*, en *Œuvres*, vol. III, p. 509. *El subrayado es nuestro*.

Œuvres II:

Traité du caractère (1946).

Œuvres III: 1944-1950:

L'affrontement chrétien (1944).

Introduction aux existentialismes (1947).

Qu'est-ce que le personalisme? (1947).

L'Éveil de l'Afrique noire (1948).

La petite peur du XXe siècle (1949).

Le Personalisme (1949).

Feu la chrétienté (1950).

Œuvres IV: (Obras póstumas):

Les certitudes difficiles (1951).

L'espoir des désespérés (1953).

Mounier et sa génération: correspondance et entretiens (1954).

Mounier en Esprit, ed. Caparrós Editores, Madrid (1997).

En español las Obras Completas han sido editadas por Ediciones Sígueme, en colaboración con el Instituto Emmanuel Mounier, de Madrid, Salamanca, 1988-1992.

Para un elenco completo de las contribuciones de Mounier a obras colectivas, artículos y crónicas publicados en Esprit y en otras revistas y periódicos, así como conferencias radiofónicas, cf. Œuvres, IV, pp. 836-873. En la edición española, cf. Obras Completas, pp. 945-969.

L'Association des Amis d'Emmanuel Mounier, continúa publicando semestralmente un Bolletín con textos inéditos, y noticias sobre estudios de la obra de Mounier. En España, Caparrós Editoriales, en colaboración con el Instituto Emmanuel Mounier, de Madrid, ha traducido y publicado algunos de estos artículos, bajo el título, Mounier en Esprit.

Obras sobre Mounier

BARLOW, Michel, El socialismo de Emmanuel Mounier, Editorial Nova Terra, Barcelona, 1975.

DIAZ, Carlos, ¿Qué es el personalismo comunitario?, ed. Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2002.

_____ Mounier y la identidad cristiana, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1978.

_____ Emmanuel Mounier: Un testimonio luminoso, ed. Biblioteca Palabra, Madrid, 2000.

_____ Personalismo obrero: presencia viva de Mounier, ed. Zero, Madrid, 1970.

_____ Treinta nombre propios: Las figuras del personalismo, ed. Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2002.

_____ “Personalismo Comunitario”, en Mounier a los veinticinco años de su muerte, ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1975.

DOMENACH, Jean-Marie, Mounier según Mounier, Editorial Laia, Barcelona, 1973.

_____ Dimensiones del personalismo, ed. Nova terra, Barcelona, 1969.

ESQUIROL, Josep M., Què és el personalisme?: Introducció a la lectura d'Emmanuel Mounier, ed. Pòrtic, Barcelona, 2001.

GOISIS, Giuseppe – BIAGI, Lorenzo. Mounier: fra impegno e profezia, ed. Gregoriana: Libreria Editrice, Padova, 1990.

GUISSARD, Lucien, Emmanuel Mounier, Editorial Fontanella, Barcelona, 1968.

KIERKEGAARD, Sören. Tratado de la desesperación, ed. Edicomunicaciones, Barcelona, 1994.

LACROIX, Jean. Historia y Misterio, Barcelona: Fontanella, 1963.

_____ Itinéraire spirituel, Bloud et Gay, París, 1937.

MARITAIN, Jacques. Humanisme integral, ed 62, Barcelona, 1966.

_____ Los derechos del hombre: cristianismo y democracia, ed. Biblioteca Palabra, Madrid, 2001.

MARITAIN, Jacques et Raïssa, Œuvres Complètes, Éditions Universitaires Fribourg Suisse- Éditions Saint-Paul París: 1924-1929, Vol. III, 1984.

_____ -Filosofía de la historia, Ediciones Troquel, Buenos Aires, 1971.

MOIX, Candide. El Pensamiento de Emmanuel Mounier, Editorial Estela, S. A, Barcelona, 1969.

PASCAL, Blas. Pensamientos y otros escritos, ed. Porrúa, México 1996.

RICOEUR, Paul. Personalismo: Emmanuel Mounier: una filosofía personalista, Caparrós Editores, Madrid, 2000.

TARNAS, Richard. La pasión del pensamiento occidental, ed. Prensa Ibérica, Barcelona, 1997.

WINOCK, Michel. Esprit: Des intellectuels dans la cité, 1930-1950, ed. Seuil, París, 1996.

SARTRE, Jean Paul. El existencialismo es un humanismo, ed. Edhesa, Barcelona, 2000.

REVISTAS

ESPRIT, especialmente los números de junio d 1936; octubre de 1936; mayo de 1937; noviembre de 1948; septiembre de 1950, noviembre de 1950; diciembre de 1950; enero de 1983.

QUAESTIONES DISPUTATAE, Universidad Santo Tomás- Seccional Tunja, 2008, N° 2, pp. 51-74.